

EL CATOLICO FRENTE A LAS ELECCIONES.
La Iglesia no tiene candidato. Esto es indiscutible. La Iglesia simplemente da la doctrina, que los ciudadanos católicos deben aplicar y transformar en concretos programas económicos, sociales y políticos; y en actitudes concretas de la vida.

Pero sería totalmente falso deducir que el acontecer político sea ajeno al juicio moral de la Iglesia. Todos los actos del hombre, sin excluir los políticos, son morales o inmorales.

Vivimos uno de los momentos más solemnes de la Patria. Ante las próximas elecciones la postura de los católicos no puede ser indiferente ante los diversos candidatos. Está en la obligación de estudiar personas y programas. Sería infantil pensar que todos nuestros candidatos presidenciales o legislativos son igualmente capaces, igualmente seguros en la doctrina, igualmente eficaces en la acción.

No le toca al sacerdote señalar desde el púlpito los candidatos de su preferencia. Sería una insensatez; mucho más en las actuales circunstancias venezolanas. Pero le toca al católico meditar seriamente cómo satisfacer los deberes de su conciencia en las próximas y decisivas elecciones. Cuál candidato ofrece mayores garantías de lograr el bien de la Patria y la defensa de los valores espirituales y morales.

Nadie puede olvidar su carácter de cristiano en el acto de depositar el voto. Lo han repetido en mil formas los sumos pontífices. El carácter de cristiano nos acompaña en todos los actos de nuestra vida.

EXIGIMOS DEFINICIONES.—Los católicos reconocemos no sólo el derecho, sino el deber de votar, porque nos correspondería ser los mejores ciudadanos. Y, a decir verdad, necesitamos conocer y exigimos conocer a los candidatos para la Presidencia y los representantes a las Cámaras Legislativas, para escoger los mejores magistrados y los mejores legisladores.

Necesitamos saber:

Si conocen la doctrina cristiana y la practican.

Si conocen la doctrina social de la Iglesia y son capaces de hacerla practicar.

Qué opinan de la institución familiar, del divorcio, de la limitación de la natalidad.

Qué opinan sobre el Estado docente o la libertad de enseñanza.

Qué estarían dispuestos a realizar en relación con el Patronato, el Concordato o el Modus Vivendi con el Vaticano.

Si son aliados o enemigos del comunismo.

Si han favorecido o favorecen a los fautores de la violencia.

Todo esto lo necesitamos saber, porque no vamos a votar a ciegas. Y debemos exigir de los candidatos definiciones precisas. ¿Por qué algunos de ellos no las quieren dar?

Hay criterios que nos pueden guiar sin peligro de error. Repetimos una fórmula del número pasado de SIC. No estamos dispuestos a votar por aquel por quien votarán los comunistas. Votaremos por aquel por quien en ningún caso votarán los comunistas.

SI HAY FRAUDE ELECTORAL...—Es curiosa la actitud de ciertos líderes de la oposición política venezolana. Su fórmula más infantil ha sido la siguiente:

Tenemos evidente mayoría.

No podemos perder las elecciones.

Si las perdemos, es evidente el fraude del Gobierno.

Si hay fraude, habrá revolución.

Es el recurso de los niños. Cada vez que se pierde un juego, el párvulo llora y grita: ¡Trampa!...

¿No será infantil la persuasión de poseer la mayoría?

Por eso en labios de ciertas personalidades, evidentemente juiciosas, parecen excesivas ciertas frases como la siguiente: "Si hay fraude en las próximas elecciones, estará abierto el camino de la revolución, una revolución que no es la socialista ni la comunista, sino la revolución nacionalista, no sujeta a ninguna clase de imperialismo."

¿Quién dictamina si hubo fraude?

TITO, HUESPED INDESEABLE DE LATINO-AMERICA.—La "operación Tito" es una de las más escandalosas maniobras de penetración comunista en nuestro continente. ¿Por qué algunos están empeñados en canonizar al dictador comunista yugoeslavo? Cierta prensa, que se dice democrática a boca llena, y aun ciertas voces cristianas haciéndole eco, se están afanando con celo imprudente en introducirnos a este embajador extraordinario del comunismo internacional.

¿A qué viene Tito a nuestros países? Jossip Broz no se ha lavado aún la sangre de cristianos y patriotas que mancha sus manos, y hoy es más peligroso que nunca por su amistad renovada, hasta con besos y abrazos, con el sepulturero del Kremlin y por ese manto de respetabilidad con que han querido cubrirle nuestras democracias occidentales.

COMENTARIOS - COMENTARIOS

Latinoamérica ha recibido con frialdad, en medio de un silencio hostil, al "equilibrista" yugoslavo, que suponemos habrá aprendido la lección. Venezuela no parece entraba en la agenda turístico-comercial de Tito. No está el horno para bollos. Y su venida hubiera empeorado las cosas. Prudentemente, nuestras autoridades, en hábil esguince, han evitado al inoportuno huésped, y nos han ahorrado el recibimiento. Sólo un bien ha podido traer esta embajada. Dividir aún más el campo comunista y debilitarlo con una nueva versión del comunismo titoísta. Pero, tristemente, Tito no es apetitosa carnaza para los "marxistas puros", sino para los que, llamándose socialistas democráticos, quieren enlazar en imposible maridaje a marxismo y democracia. Y para algunos otros, más o menos cristianos, que se dejan fascinar por la habilidad titoísta y los malabarismos de su doble política.

Poco podemos aprender de bueno de la Yugoslavia comunista y menos de su jefe, el dictador Jossip Broz "Tito". No le convienen tan malas compañías a nuestra vacilante democracia.

ADEMÁS DE INEFICACIA, INJUSTICIA.— "SIC" ha insistido ya repetidas veces sobre la probada ineficacia de nuestros servicios policiales y judiciales. Además, se están repitiendo tanto las injusticias de la Justicia que nos vemos en la obligación de alzar nuestra voz. La falta de objetividad al imputar hechos delictivos a gentes de probada honradez, los turbios e injustos procedimientos empleados para deducir de fútiles e inconsistentes indicios enormes crímenes, y por último el irresponsable "lavarse las manos" y "aquí no ha pasado nada" después que se ha pisoteado la fama de ciudadanos decentes y dignos, ofreciendo incluso información tendenciosa a la voracidad de la prensa, constituyen un gravísimo pecado social de injusticia.

Tal es la visión, al menos parcial, de la actuación policial, que impresiona desfavorablemente al gran público.

Pío XII señaló certeramente, en un discurso a la Interpol, este mal, tan generalizado tristemente en nuestro mundo, y dictó las normas que deben orientar la recta administración de la justicia:

"Ante todo, se presenta en el ejercicio de vuestra función, como también fuera de ella, una exigencia fundamental a la que debe satisfacer el juicio que forméis sobre el hecho y sobre su autor. Este juicio debe responder a la realidad objetiva, debe ser verdadero. El desarrollo entero del proceso, desde el principio hasta el fin, y la intervención de todos aquellos que en él participan: acusadores, testigos, defensores, jueces,

peritos, obedecen al mismo principio tendiente al mismo fin: "Pro rei veritate". Es decir, hacer brillar la verdad objetiva."

Es esta verdad objetiva la que demasiadas veces brilla por su ausencia en muchos de los procedimientos judiciales y policiales. Nuestros policías se creen infalibles e impecables, y no aceptan jamás el hecho, no tan raro, de sus equivocaciones. No es, como debiera ser, simpatía lo que nuestros policías gozan ante la opinión popular, y ciertas actuaciones policiales, precipitadas e injustas, están contribuyendo a hacer más denso aún el clima de incertidumbre y zozobra que reina aun entre los mejores ciudadanos de nuestra sociedad.

Lo que precede nada resta a nuestra comprensión con el difícil cometido que en las circunstancias actuales corresponde al policía. Y lo difícil de su serenidad y equidad perfectas en medio del nerviosismo de una auténtica guerra civil. También para sus caídos tenemos un homenaje de gratitud y respeto.

LOS MEJORES ALIADOS DE LA VIOLENCIA. Alguna vez hemos escrito que los mejores aliados del comunismo son los católicos que cometen injusticias sociales; los que o desconocen o no practican la doctrina social de la Iglesia.

Los hemos llamado fariseos y les hemos suplicado que no se llamen católicos porque nos desacreditan.

Algo similar en otro orden nos acontece ante la violencia. Hay espíritus enfermizos que, por miedo o por necedad, resultan los mejores aliados de quienes quieren sembrar la confusión y el pánico.

Los que exageran las noticias del terrorismo se parecen a aquel espectador de una clásica caricatura que al ver subir a los bomberos al último piso de un rascacielos incendiado, grita desesperadamente: "Esos hombres son capaces de salvarlos a todos..." Al parecer, lo que importa es que las cosas sean truculentas.

Los que se limitan a criticar los posibles y probables excesos de la represión policial. Son los que lloran por un zagaletón apaleado y no lloran por un centenar de policías muertos.

Los que no encuentran ningún acierto en el Gobierno. La conclusión parece ser: "Todo está mal; mejor será que venga el comunismo. O el golpe."

¿Hacen ellos algo? ¿Se esfuerzan en realizar alguno de los muchos proyectos que lamentan haya abandonado el Gobierno?

Esta peste de bobos ingenuos son excelentes aliados de los extremistas y de los violentos.